

*Joseph B. Mountjoy**

El misterio del Mictlantecuhtli¹

Esta historia tiene que ver con una situación que los arqueólogos de nuestros días constantemente enfrentan, tanto en el Occidente de México como en otras partes de Mesoamérica. Se trata de responder la pregunta ¿cómo rescatar información fidedigna acerca de un hallazgo arqueológico importante, ocurrido hace ya muchos años? Agreguemos que este hallazgo lo realizaron ese tipo de personas a los que los arqueólogos solemos llamar “saqueadores”. Esta narración tiene varios elementos que conciernen al rescate de información de esta índole, entre los que podemos mencionar: los diferentes conceptos semánticos del arqueólogo como de los participantes; problemas acerca de la veracidad o la memoria de los involucrados; la resolución de contradicciones en las versiones contadas por diferentes participantes; la persistencia del arqueólogo en llegar a conocer la verdad sobre un antiguo hallazgo y, sobre todo, como siempre, mucha suerte.

La historia, en la que he cambiado los nombres de los informantes para conservar su anonimato, se inicia en mayo de 1997. En ese entonces me encontraba en Guadalajara esperando recibir del INAH una carta de presentación a las autoridades civiles y militares de algunos municipios ubicados en el Altiplano noroeste de Jalisco, donde pensaba realizar una temporada de localización y registro de sitios arqueológicos. Así las cosas, el 22 de dicho mes tuve ocasión de asistir a una conferencia del arqueólogo Eduardo Matos Moctezuma en el Museo Regional de Guadalajara, acerca de los hallazgos recientes en las excavaciones del Proyecto Templo Mayor en la Ciudad de México.

* Universidad de North Carolina, EUA.

¹ Esta investigación fue realizada con autorización del Instituto Nacional de Antropología e Historia, Centro Jalisco con el apoyo del arqueólogo Alejandro Canales Daroca, director del mismo. Agradezco especialmente la participación de las investigaciones del arqueólogo Otto Schöndube B. y Geylú Valderrama Macías, así como el apoyo brindado por los informantes locales mencionados en el texto. El arqueólogo Leonardo López Luján me hizo el favor de leer una versión del artículo y sugerir varios cambios que incorporé para mejorarlo. La versión final también incorpora muchos cambios en la redacción del texto que resultaron de la muy buena y detallada revisión del texto que hizo Otto Schöndube y su hija Regina. Por supuesto, si aún quedan errores es culpa mía.



● Fig. 1 Copia de la foto publicada en *El Informador* de una de las dos estatuas de Mictlantecuhtli encontradas, por Leonardo López Luján, en las excavaciones recientes en la Casa de las Águilas en el sitio del Templo Mayor.

El descubrimiento más sensacional reportado por Matos, fue el de dos grandes estatuas (1.80 m de altura) hechas en barro cocido, que representan al dios mexica del inframundo, es decir a Mictlantecuhtli, el dios de la muerte. Estas dos esculturas de Mictlantecuhtli fueron encontradas por Leonardo López Luján en la Casa de las Águilas, estructura ubicada al lado norte del Templo Mayor. Las características sobresalientes de estas piezas incluyen: el cráneo resaltado hacia delante, semidescarnado, y con hoyos para insertar pelo natural; orejas grandes y con perforaciones para colocar adornos; ojos representados por protuberancias hemisféricas, la boca grande y entreabierta; las ma-

nos con uñas en forma de garras de algún animal real o mítico, posiblemente de águila o felino (López Luján y Mercado, 1996:50), las costillas bien delineadas; y una bola grande representando el hígado (órgano “frío” que los aztecas, así como otros grupos prehispánicos, asociaban con la muerte) colgando en el área del estómago abajo de las costillas. Como vestimenta las figuras llevaban un *máxtlatl* elaborado con estuco blanco, y un par de sandalias (*El Informador*, núm. 28,581, 24 de mayo de 1977, sección D, pp. 1-2; fig. 1; López Luján y Mercado, 1997).

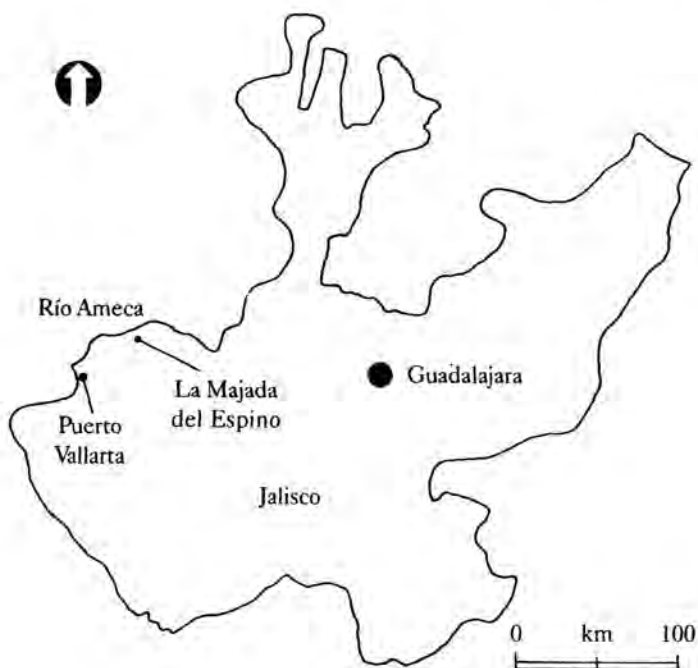
Doce días después, estaba viajando en un jeep en busca de sitios arqueológicos y yacimientos de cobre en una parte remota de la sierra noroeste de Jalisco, en compañía de Dorothy, una arqueóloga que quería localizar depósitos de cobre, así como con Juan, un amigo nativo de esta zona. Ese día habíamos visitado una mina; andábamos cerca del rancho en donde vivía una tía de Juan, llamada María, y él quería pasar a saludarla. Al llegar al rancho no encontramos a María, pues ella y su hermano Ricardo habían salido de visita a un pueblo cercano. En cambio, encontramos a su nieta de nombre Dolores. Al preguntarle acerca de presencia de restos arqueológicos, Dolores nos mostró una cuevita donde hace unos años su tío supuestamente había encontrado “cosas de los indios”. En ruta hacia la cueva noté la presencia de unas piedras de molienda prehispánicas en el patio frente de la casa del rancho.

Al regresar a la casa, sentados a la sombra del pasillo para refrescarnos y platicar, Dolores nos contó que hacía muchos años unas personas habían encontrado “entierros de indios” en un lugar llamado La Majada del Espino, cerca de media hora a pie de la casa (fig. 2). Según ella, hallaron siete cráneos o esqueletos, y unas figuritas de cobre; y a su abuela le tocó una de ellas (“una brujilla”) por haberlos ayudado. Pedí ver la figurita y, a pesar de que Dolores no sabía exactamente en donde estaba, la halló después de una intensiva búsqueda de varios minutos. Al inspeccionar la figurita, que

era de cobre o bronce, y que apenas medía 4 cm de altura, me di cuenta que parecía ser una representación del mismo dios de la muerte, de Mictlantecuhtli, la deidad que Matos había presentado en su conferencia en Guadalajara, México.

La pieza se encontraba bastante deteriorada, pero se veía que su cabeza estaba calva y se parecía al cráneo de un esqueleto. Éste se proyectaba hacia delante, y la boca, aunque incompleta por el deterioro, estaba abierta, y se parecía un poco al pico de un ave o al hocico de algún animal. Los ojos estaban representados por protuberancias hemisféricas. Creí probable que la figura hubiera tenido alguna vez brazos, porque se veían protuberancias en sus hombros. Las supuestas costillas de esqueleto, cuatro en total y sin esternón, estaban bien delimitadas en el lado derecho de la figura; su cuerpo tenía una bola debajo de las costillas que podría representar el hígado (fig. 3). Las dos piernas delgadas se veían definidas y por su posición parecía que la figura estaba sentada. Me di cuenta, además, que la pieza originalmente conformaba un cascabel en la parte debajo de la figura, del que sólo quedaban algunas trazas. La pieza también tenía un hueco cuadrado en la parte posterior posiblemente utilizado para silbar. Aparte de óxidos azules y verdes del cobre/bronce, en la pieza había trazas de alguna sustancia blanca en su superficie.

Me pareció fascinante el hallazgo en un lugar tan perdido de la sierra de Jalisco de un cascabel-silbato con la posible representación de un dios mesoamericano asociado de manera especial con los mexicas. Aunque la pieza en algunos aspectos era diferente a los Mictlantecuhtli encontrados en la Casa de las Águilas, desde mi punto de vista también tenía suficientes semejanzas (las antes mencionadas) para considerarlo al menos una variante de la represen-



● Fig. 2 Ubicación del sitio de La Majada del Espino, en Jalisco.

tación de la misma deidad; de manera similar a las variaciones que se dan en representaciones de otros dioses mesoamericanos a través de diversas épocas prehispánicas; como es el caso de representaciones de Tláloc, o de Quetzalcóatl (Taube, 1995). Así, pensé que valdría la pena documentar bien este hallazgo, un trabajo que me pareció en principio bastante sencillo y que no llevaría mucho tiempo. Ahora sé que éstas eran dos grandes equivocaciones, aunque por supuesto, entonces no me percaté de ello.

Mientras retrataba el cascabel, apareció Memo, uno de los nietos de María, quien me dijo que La Majada del Espino ("majada" significa lugar en donde reposa el ganado) se encontraba al norte del rancho en la punta de un filo del cerro al terminar un "portezuelo" (término local que significa vado entre dos colinas). Según Memo, el sitio tenía un "cimborro" (término local que probablemente sea derivado de la palabra "cimborrio", y que en esta parte de Jalisco la gente usa para nombrar lo que los arqueólogos común-



● Fig. 3 Cascabel de Mictlantecuhtli encontrado en el sitio de La Majada del Espino.

mente llaman “montículo”) tan grande como el diámetro de la casa, y como de 3.5 m de altura. Él oyó decir que, cuando los señores hallaron los entierros en ese lugar, los huesos estaban en pozos chicos, y que ellos volvieron a enterrar los huesos.

Debido a que no confiaba mucho en los datos de segunda mano proporcionados por los nietos de María, pensé que debía regresar en otra ocasión y entrevistar directamente a María. Así, abandonamos el rancho y seguimos al pueblo más próximo en busca de información de minas en la localidad. Algunas personas en el pueblo nos informaron que la persona que más sabía acerca de eso era un señor de 67 años de edad llamado Leonardo; fuimos a su casa, donde nos enseñó una muestra de cobre de una mina cercana.

Además, Leonardo me platicó que él fue uno de los que habían excavado en La Majada del Espino. Me dijo que de eso hacía por ahí de doce años. Él y sus amigos hallaron nueve “pocitos” con esqueletos: los números 1 y 2 tenían ofrendas de platitos sin dibujos; los números 3 y 4 tenían hachitas de piedra; el número 5 tenía flechas y navajas de obsidiana; el número 6 tenía una figura hueca quebrada, como de un caballo con patas y lomo, de casi 27 cm de lar-

go; el número 7 tenía cuatro cascabeles chiquitos y sencillos, ninguno de éstos con figura de esqueleto. Dijo también que la figurita que tiene María que yo le había descrito no había salido de ese lugar. Los pozos de los entierros eran sencillos, excavados en el puro tepetate alrededor del cimborro, al pie del cimborro chico, no del cimborro grande. Excavaron en la cima de este último y no hallaron más que “puro tepetate”.

Dado que ya tenía planes para visitar sitios arqueológicos y minas en un valle ubicado a unas tres horas de camino, no quería quedarme otro día para entrevistar a María y para visitar el sitio en donde supuestamente fue hallado el cascabel de Mictlanecuhtli. Por eso, pedí a Juan que entrevistara a su tía tan pronto fuera posible para obtener más información acerca de la procedencia de la pieza.

Desafortunadamente fue hasta un año después cuando pude volver a esa zona. El 10 de junio de 1998, regresé en otro viaje de inspección arqueológica de parte del Centro INAH Jalisco, acompañado esta vez por un asistente de campo, Humberto. Localicé a Juan y me dijo que no había podido entrevistar a su tía; por eso nos fuimos al día siguiente para el rancho de María, y por suerte la encontramos.

María me dijo que la figurita (el cascabel) sí había salido de un cimborro en La Majada del Espino. Unos señores vinieron a pedirle que les diera de comer durante el tiempo que estuvieron excavando en ese sitio. Estos señores eran de un rancho cercano. Me dijo que uno de ellos, Martín, todavía vivía y que Leonardo no participó en esta obra. En aquel entonces, hace como 30 años, los señores hallaron nueve “indios muertos”, así como puntitas de flecha de obsidiana y fragmentos de molcajetes con líneas incisas cruzadas en el centro del interior y con patitas como bolitas, pero sin decoración alguna. Encontraron los muertos encima de una calzada de piedras de río. El cascabel fue la única cosa de metal. No hallaron “monos” (lo que usualmente quiere decir figuras de barro). Encontraron ollas grandes, y una hachita de piedra pulida con garganta. María repitió que los “indios” pusieron una calzada en el mero centro de la majada y colocaron los entierros encima de la calzada. Dijo que el cimborro medía como 9 m de diámetro y 4 m de altura. Eran tres hombres, Nacho, Martín y Carlos, y ella les dio hospedaje y alimento durante cuatro días. Uno de sus hijos, Enrique, que ahora vive en un pueblo cercano y entonces tenía doce años, les llevaba el almuerzo a La Majada del Espino.

El hermano de María, Ricardo, dijo que quienes excavaron en La Majada del Espino estaban buscando un “mono” grande lleno de polvo de oro. Hicieron la excavación porque habían oído que otros señores habían encontrado muchos “monos” en un sitio en Nayarit.

Pedí a Memo que nos llevara al sitio en La Majada del Espino, y caminando tardamos en llegar casi media hora. Allí encontré una plataforma natural de tepetate en el extremo noreste de la majada, y arriba de la plataforma, dos montículos (cimborros) (figs. 4 y 5). El montículo sureste midió 6.8 m de diámetro en la cima, 4.7 m de altura, y mostraba un pozo de saqueo que medía 4.5 x 3.2 m, que penetraba al centro del montículo desde el noroeste. El montículo ubicado en la parte noroeste de la plataforma midió 12.15 (norte-sur) x 9.6 m (este-oeste)

de diámetro, 4 m de altura, y tenía dos grandes pozos de saqueo en la cima (3.6 x 2.9 y 3.4 x 2.6 m).

Alrededor de los montículos encontramos piedras redondeadas de río, así como piedras toscas de arroyo y algunas piedras acomodadas como un empedrado al suroeste del montículo más alto. Hallamos, además, una laja lasqueada de forma redonda (37 cm de diámetro) del tipo que los habitantes prehispánicos usaban para tapar la entrada de una tumba. La cerámica que vimos en la superficie incluía muchos fragmentos de ollas y cajetes sin pintura, algunos con pintura anaranjada, dos tiestos del tipo Tuxcacuesco inciso (Preclásico tardío-Clásico temprano). Además, encontramos un tiesto de cerámica tipo Aztatlán Rojo/Bayo, otro tiesto de Aztatlán inciso, y un fragmento de una figurilla tipo Mazapa hecha con molde, todos éstos del Posclásico temprano. Los mismos tipos Aztatlán han sido encontrados en sitios del municipio de Puerto Vallarta justamente al poniente y han sido fechados por cinco muestras de radiocarbono cerca de 1160 d.C.

Armado con datos de primera mano referente al sitio, fui al pueblo cercano para entrevistar a Martín, otro de los participantes en la excavación del lugar. Martín, un señor de 81 años de edad, me dijo que lo invitaron a participar en la excavación su compadre Luis y el hermano de éste, Leonardo (el mismo entrevistado anteriormente). Fue en un mes de octubre, hace ya más de 20 años. Eran seis hombres en el grupo, trabajaron cuatro días allí, pero iban al pueblo a dormir y a comer, y llevaban comida para almorzar. El hijo de María, Enrique, nunca les ayudó, no comían en la casa de María, ni dormían ahí.

Martín me contó que los otros empezaron excavando una trinchera en el cimborro más grande, y que él se fue a excavar al pie del mismo cimborro, a lo largo de las piedras que estaban ahí, porque tenía como un cimio alrededor. Encontró todo al tercer día de trabajo cuando se puso a quitar unas piedras paradas que esta-

ban al pie del cimborro más bajo. Ese montículo tenía una especie de cimientito alrededor de la base, pero él halló todo en el tepetate, a menos de un metro de profundidad, incluyendo un “mono de losa fina” y una campanita. Los otros compañeros estaban trabajando en la cima de los cimborros, y no encontraron nada. Adentro del cimborro grande tampoco hallaron piezas, ni en los dos pozos que hicieron dentro del cimborro chico. Martín encontró cuatro ollas colocadas como en una línea, una atrás de cada piedra. Una olla sólo tenía tierra adentro, y las otras tres contenían huesos chiquitos. Encontró una campanita, y un “monito” parado enfrente de una olla que tenía huesos adentro. Los otros compañeros le quitaron la campanita.

Martín dijo que esa campanita no era el cascabel que tenía María. Yo le había enseñado un dibujo del cascabel de Mictlantecuhtli, y me respondió que él no halló ese objeto de metal; él tampoco se acordaba de los molcajetes que María mencionó haber visto. Indicó que las ollas contenían huesos chiquitos, y las piedras estaban tapándolas. Se acordó también de la laja redonda, lasqueada, que habíamos hallado en el sitio. La encontró en un lugar en donde estaba una de las ollas. Martín repitió que al pie del cimborro más chiquito halló una campanita y un “mono” de losa fina, a menos de un metro de profundidad de la superficie. El monito era blanco con rayas azules, y su cara “era como de un animal”. Primero encontró la campanita en una especie de cuevita del tepetate, como ofrenda. Nos hizo un dibujo del objeto que tenía la forma de una campana de iglesia, abierta en la parte de abajo y con una bola colgando desde arriba para producir el sonido.

Cerca, localizamos la casa de Enrique, uno de los hijos de María, y le pedí que me informara acerca de lo que él sabía del hallazgo en La Majada del Espino. Nos sentamos en sillas plegadizas en el fresco pasillo de su casa, tratando de no ensuciar el piso con el lodo colorado de su patio que traíamos en la suela de las botas. Enrique me comentó que sí creía que la pieza

que tenía su mamá había salido de La Majada del Espino. Recordó que empezó a visitar el lugar cuando el grupo inició las excavaciones, y que Martín trabajaba allí. Nos dijo que iba a cumplir 49 años en agosto; entonces la excavación tuvo que haber sido hace 37 años, o sea en 1961. Él supo de la campanita que halló Martín, pero no la vio. Los excavadores le dijeron que habían hallado nueve ollas. El si les llevaba el almuerzo, lo que hizo aproximadamente durante cuatro días. Todos los huesos que los señores encontraron salieron de las ollas. Agregó que vio “pedacería” de huesos y ollas, pero no observó la excavación en proceso. Después del trabajo de los excavadores, él volvió al sitio y encontró la parte central de un molcajete en la orilla de la majada.

Después de hablar con Enrique, yo quería volver a hablar con Martín para preguntarle algunas cosas más, sobre todo las características del “mono” que halló. Después de haber visto un fragmento de una figurilla Mazapa en La Majada del Espino y sabiendo que esas figurillas tienen a veces pintura azul, me imaginaba que su “monito” pudo haber sido una figurilla Mazapa del Posclásico temprano, y esto podía ayudar a establecer la fecha del cascabel de Mictlantecuhtli. Sin embargo, ese día el cielo ya se estaba oscureciendo, y teníamos planes firmes para seguir adelante, al día siguiente para cumplir con el proyecto de registrar sitios con petroglifos en una zona que quedaba a casi tres horas de este pueblo. Juan dijo que él podría entrevistar a Martín en otra ocasión, pero yo había quedado un poco escéptico dado la experiencia previa al delegar este tipo de trabajo a Juan, por lo que hice planes para visitar a Martín en el viaje de regreso.

No fue sino hasta el 27 de junio que regresé con Humberto para preguntarle otras cosas a Martín. Primero lo interrogué sobre las características del “mono” que halló. Señaló que el “mono” estaba rayado diagonalmente con líneas blancas y azules, y con su mano izquierda y dos dedos de la mano derecha me indicó la

altura del “mono”; calculé cerca de unos 20 a 25 cm. También me platicó que el “mono” tenía “un hocico como de caballo”, pero era como un ser humano porque la figura estaba parada y tenía dos pies; era plana por atrás y sólida.

Cambiando de tema, Martín expresó que ninguna de las ollas que encontró tenía decoración. Cuando le mencioné que Enrique nos indicó que él sí había llevado comida al sitio para ellos, Martín respondió que el grupo estaba conformado de dos equipos de tres y tres personas; Martín, Leonardo y Luis llevaban comida, y los otros tres conseguían el almuerzo con la señora María. Quizás ellos se quedaron a dormir en el rancho de María. Posiblemente los otros excavadores hallaron algunas cosas que él no había visto, mientras trabajaba en otra parte del sitio.

Los otros compañeros estaban trabajando en el hoyo grande del cimborro más alto. Pasaron todo su tiempo allí, y no encontraron nada. Ese cimborro también tenía como una banquetta de piedras alrededor del pie, pero no excavaron en ese lugar. Martín anunció que él halló un cascabelito, pero Leonardo y Luis se lo quitaron. Sin embargo, él se quedó con el “mono” hasta que alguien se lo “llevó” (robó) cuando estuvo en Guadalajara 40 días curando a su mujer. Martín guardó por muchos años una de las ollas, la única que quedó completa, hasta que su esposa la regaló a un vecino que quería usarla para fabricar una piñata.

Martín siguió hablando de sus hallazgos. Según él detrás de cada laja halló una “cuevita” en el tepetate; la boca de la cuevita estaba tapada con una laja. Enfatizó que cada una de las cuatro cuevitas tenía la boca tapada con una laja. La cuevita en donde halló el cascabelito tenía adentro una olla chiquita con pura tierra adentro, sin huesos. El cascabel estaba parado enfrente de una ollita, entre la ollita y la puerta. Las ollas en las otras tres cuevitas, sí tenían huesos adentro. Los huesos eran chicos, como pedazos de brazos y piernas de niños. No se acordaba haber visto huesos de cráneo, pero

opinó que quizás eran tan delgados que estaban “hechos polvo”.

Entonces, Martín mencionó que todavía vivía otro del grupo de seis, Luis, y que su casa quedaba como a dos cuadras de la suya. Fuimos a buscar a Luis, encontrándolo en su casa con su esposa. En 1998 era un señor de 81 años de edad. Al principio no quería aceptar que había colaborado en las excavaciones, pero al escuchar un poco de la información que yo tenía del caso, incluyendo una lista de los participantes, aceptó hablar.

Luis narró que él y sus compañeros pasaron dos o tres días trabajando en La Majada del Espino. Él sí comió en la casa de la señora María en su rancho, y ahí dormía. Cuatro de los seis hombres pasaban la noche allí. En la majada hallaron ocho o nueve difuntos alrededor de uno de los cimborros. Él, igual que Martín, encontró un cascabel de cobre; lo trajo a la casa, pero se perdió. Era como una “campanita de iglesia”, o un “conchinche” (bola que da la planta de otate y que suena como campana por las semillas que tiene adentro) un poco ovalado; tenía diseños como de espirales por todas partes de la superficie, y sonaba bonito. Tenía un aro para agarrarlo.

Luis opinó que “Martín ya no anda bien de la cabeza; echa muchas mentiras”. Se acordaba que esta persona había hallado una campana, eso sí, pero no sabía del “mono”. Sin embargo enfatizó que Martín estaba excavando solo. Él y sus amigos no hallaron nada en el cimborro grande, y el cascabel salió al pie del cimborro chico. Los entierros estaban metidos en “cuevitas” o “alacénitas” en el cimborro, y “bajamos encima de ellos”. Todos los excavadores abandonaron el trabajo al mismo tiempo. Sin embargo, es posible que Martín hubiera vuelto después a trabajar en el sitio. El entrevistado admitió no acordarse bien de cómo era el cascabel que encontró Martín, aunque comentó que probablemente era igual al cascabel que él descubrió. Luis no sabía nada de algo que supuestamente habían regalado a María, pero opinó que su

compadre podía ser mentiroso, mientras que él siempre dice “sólo la verdad”. Sin embargo, creía posible que Martín hubiera dado algo a María sin su conocimiento.

Yo estaba muy confuso, y no sabía en quién confiar para resolver todas las contradicciones que rodeaban el misterio de la procedencia del Mictlantecuhtli. Así, Humberto y yo salimos del pueblo para volver al camino que nos iba a llevar a un descanso bien merecido en la costa del Pacífico. Sacudidos por los brincos poco amortiguados del jeep y rodeados por una nube de polvo en la brecha que subía abruptamente a la sierra, seguimos discutiendo la información obtenida en las entrevistas. A unos 30 minutos del pueblo, me detuve de repente en el camino y le dije a Humberto que la única cosa que faltaba para resolver el rompecabezas del Mictlantecuhtli era obtener el cascabel de María y enseñárselo a Martín y a Luis, a ver si teniendo la pieza en la mano uno de ellos se acordaba de la procedencia del artefacto.

Nos llevó una hora de camino regresar a la brecha de acceso al rancho de María, y me llevó casi otra media hora llegar a pie al rancho, porque la brecha de acceso había sido tan erosionada por un aguacero que cayó la noche anterior, que ya no podía entrar el jeep. Al llegar a la casa, le pregunté a María quién de los seis hombres le había regalado el cascabel. ¡Dijo que no se acordaba! Pero sí se acordaba que tres hombres habían venido al rancho cuando lo recibió: Martín, Nacho y Carlos, éstos dos últimos ya fallecidos. A María le pedí el favor de prestarme el Mictlantecuhtli. Ella amablemente me lo dio. Regresé al jeep y nos fuimos otra vez a la casa de Martín.

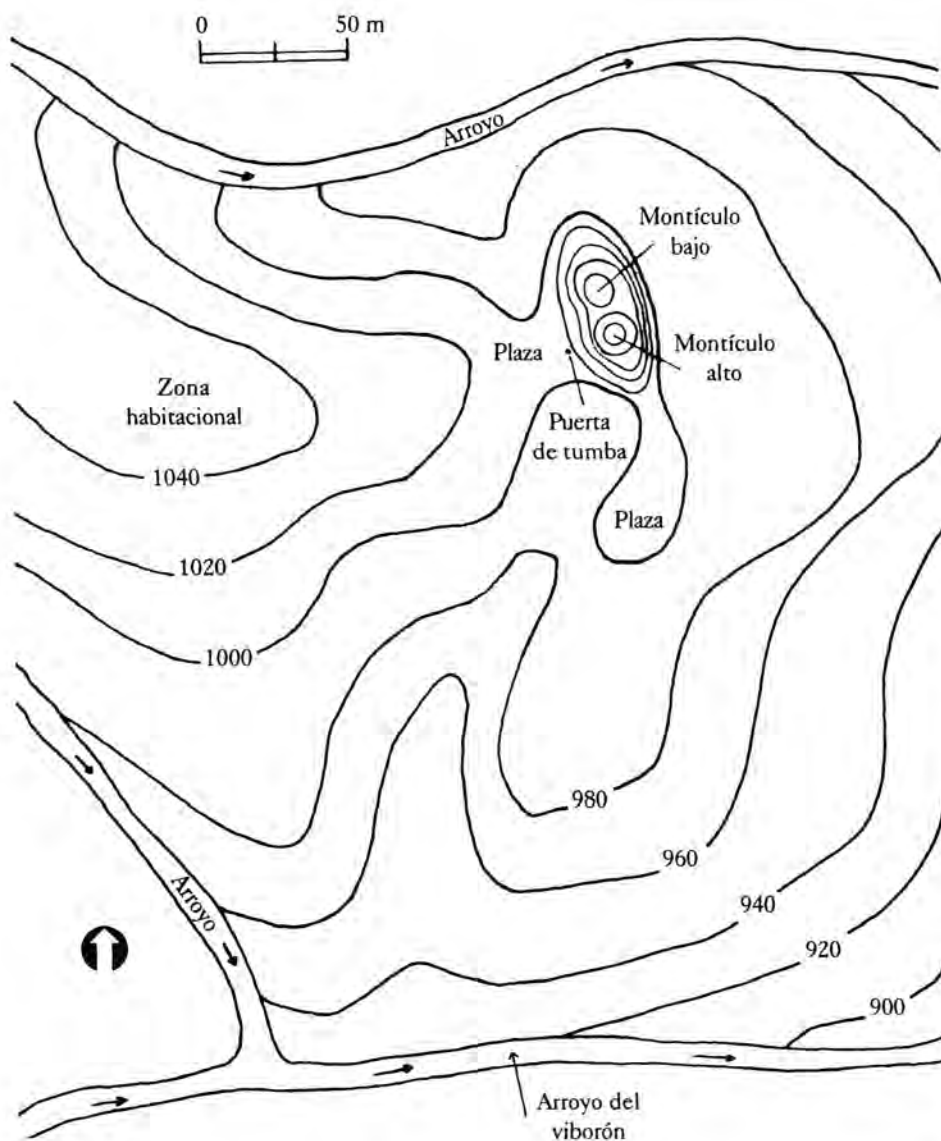
Al sentarnos otra vez en el pasillo de la casa de Martín, y pedir disculpas tanto a él como a su señora por haber regresado a molestarlos otra vez, saqué de la bolsa de mi pantalón el envoltorio de plástico en donde estaba guardado el Mictlantecuhtli. Removí la pieza de la bolsita de plástico y se la pasé a Martín. Al ver la pieza sus ojos se hicieron grandes, y exclamó: “¡Este

es el ‘mono’ que yo me hallé!” “Cuando lo hallé los otros se me echaron encima creyendo que era de oro.” “¡Ya ven que tiene hocico como de animal!”

En ese momento, se resolvieron varias de las aparentes contradicciones en los datos recuperados. Martín no reconoció, como yo había hecho, que la figurita de Mictlantecuhtli era parte de un cascabel. Para él, la pieza era un “mono”, término ordinario que se usa para figuras de barro. Anteriormente, tal vez por fallas en su memoria después de tantos años, se había equivocado en el material de la pieza y en su tamaño, aunque como me dijo, la pieza presenta rayas azules (producidas por oxidación azul-verde del cobre) y blancas (sustancia desconocida). Además, sin duda la cabeza tiene “un hocico como de caballo” (fig. 3).

Martín siguió explicándome de donde salió el Mictlantecuhtli. Lo halló detrás de una ollita que tenía huesos adentro, en una cuevita del tamaño de un cántaro (indicando un hueco de 25-30 cm diámetro con las manos), en el tepetate macizo al pie del cimborro más bajo. La boca de la cuevita estaba tapada con una piedra tipo laja, aunque no era la misma redonda que yo vi en el sitio. No se había dado cuenta de que el “mono” era parte de un cascabel. El otro cascabel que Martín encontró era más grande y muy corroído, liso de afuera y con un anillo para colgarlo.

Tras un año de investigaciones, incluyendo tres viajes a la zona del hallazgo, una visita de inspección al sitio de La Majada del Espino, entrevistas con tres de los sobrevivientes del grupo de excavadores y pláticas diversas con otras cuatro personas que tenían conocimiento de los hechos, creía que ya podía reconstruir una historia bastante fidedigna de la excavación en La Majada del Espino, y de la procedencia del cascabel de Mictlantecuhtli. Sin embargo, por algunas dudas que tenía de la fecha o asociación cultural del cascabel y su procedencia exacta, así como por el deseo que yo tenía de resolver algunas aparentes inconsis-

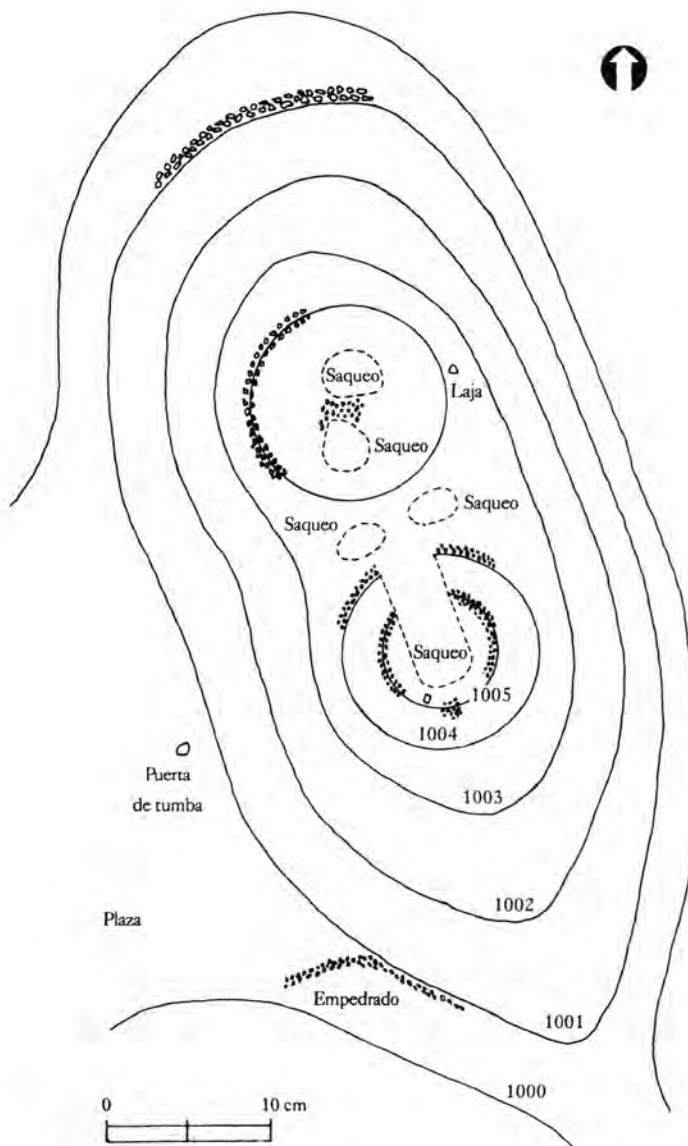


● Fig. 4. Sitio de La Majada del Espino. Las curvas de nivel de la estructura ceremonial representan un metro de elevación cada una.

tencias en los datos de los informantes, conseguí el apoyo necesario del Centro INAH Jalisco para volver en junio de 1999 y seguir investigando el caso más a fondo. En este proyecto incluí el rescate de datos y materiales arqueológicos para resolver varios de los problemas que todavía quedaban acerca de la procedencia y la fecha del Mictlantecuhtli, tarea que debía realizarse antes de que la zona se deteriorara más y de que se murieran quienes habían participado en la excavación del sitio. En específico, quería ver si Martín me podía acompañar al sitio para enseñarme cabalmente dónde halló el Mictlantecuhtli.

Al continuar la investigación, recuperé el cascabel de la casa de los padres de Juan en donde lo dejé después de la última entrevista con Martín, para regresárselo a María. Ella me informó que hacía mes y medio ¡Martín había fallecido! Convencí entonces a Leonardo que me acompañara al sitio para platicarme otra vez qué habían encontrado y en dónde.

En el sitio, y antes de que Leonardo pudiera “bajarle” mucho a la botella de tequila que había traído para “refrescarse”, él me contó más o menos la misma versión que me había contado dos años antes en su casa, asegurando-



● Fig. 5 Centro ceremonial del sitio La Majada del Espino, con curvas de nivel de un metro cada una.

me que aunque Martín era muy “embustero”, lo que él contaba era “la pura verdolaga, o sea la verdad”. Sin embargo, en esta versión había diferencias muy importantes de la versión que me había contado antes. Mencionó que eran cuatro personas que andaban allí: Gerardo, Luis, Tomás y él. No se acordaba que Martín hubiera trabajado con ellos. Esta vez dijo que cuando llegaron al lugar, el cimborro más alto ya tenía el pozo grande de saqueo excavado en el centro, así como dos pozos de saqueo entre los dos

cimborros (fig. 5). Leonardo y su esposa se casaron en 1957, y ocho años después los hombres hicieron la excavación (¡o sea en 1965!). De esto Leonardo estaba muy seguro.

Leonardo siguió hablando. Hallaron nueve “pozos” (de unos 70 cm de diámetro cada uno) en la orilla sur del cimborro más bajo, todos excavados a medio metro de profundidad en el tepetate, y sin puerta de piedra. Encontraron huesos en todos los pozos, algunos huesos largos y macizos, y otros chicos “como de animales o de una mujer”. Aunque casi todo estaba quebrado, encontraron dos o tres “apastitos” (cajetes pequeños) completos, una olla llena de huesos, y dijo que echaron los apastitos de vuelta a los pozos al taparlos. También hallaron un “caballito” de barro, como de 20 cm de altura, pero estaba quebrado, “hecho garras”. Sacaron unas tres campanitas, pero no estaban en los pozos, sino más “arribita”. Estos cascabeles tenían como un centímetro de diámetro, la sonaja lisa, y un arito arriba. Hallaron restos de molcajetes, con rayas incisas en el fondo, sin diseños pintados. No hallaron ni malacates, ni cuentitas.

Con esta información me fue posible resolver algunas de las inconsistencias en los relatos de mis informantes.

¡Tal vez no fue una sola excavación de saqueo, sino dos! Llegué a averiguarlo con Leonardo, con su hermano Luis, con María, y con otro hijo de María, Beto. El primer grupo parece haber consistido en cuatro participantes: Martín, Nacho, Carlos y Gerardo. Hicieron excavaciones por lo menos en el centro del cimborro más alto, así como al pie de este mismo lugar. Beto, que junto con Enrique llevaba el almuerzo para este grupo, agregó que durante esa excavación él había visto un esqueleto comple-

to, según él, aparentemente de mujer porque tenía junto al cráneo un molcajete chico con tres patas.

Beto se acordaba también del segundo grupo, según parece compuesto por lo menos de Leonardo, Luis, y unas personas más, posiblemente Gerardo y Martín otra vez. Es posible que Martín estuviera revolviendo en su memoria información de las dos excavaciones. Beto y Leonardo mencionaron que Tomás trabajó en este segundo grupo, pero al entrevistarlos, Tomás dijo que no trabajó en La Majada del Espino, sino en otro lugar más arriba, cuando la majada ya estaba excavada. Sacando la cuenta, Leonardo y Beto estaban de acuerdo en que el segundo grupo entró a excavar en La Majada del Espino cuatro años después del primer grupo, o sea en 1965, y este grupo sólo excavó en el cimborro más bajo.

Ofrezco entonces la historia más fidedigna que puedo presentar basada en la información dada por los informantes del hallazgo del cascabel de Mictlantecuhtli: hace 39 años (en 1961), un grupo de cuatro hombres (Nacho, Carlos, Martín y Gerardo) decidieron realizar una excavación en La Majada del Espino en busca de un tesoro, posiblemente un "mono" hueco lleno de polvo de oro. Hicieron un trato con María, quien a cambio de darles de comer y un lugar para dormir, "a ella le iba tocar" una parte del tesoro. Trabajaron en el sitio cuatro días, encontrando nueve ollitas metidas en "cuevitas", seguramente al pie de un montículo, pero quizás al pie de la plataforma natural. Dentro de casi todas las ollitas había restos de huesos de entierros, tal vez secundarios, probablemente de niños.

Martín encontró cuatro de las ollitas. Dos de ellas estaban acompañadas por la ofrenda de un cascabel, y uno de los cascabeles tenía la figura de un Mictlantecuhtli colocada en la cima de la cámara de resonancia. Los otros compañeros encontraron los otros cinco entierros de ollas, y una de ellas estaba asociada con la ofrenda de

un tercer cascabel. Otras posibles ofrendas encontradas con estas cinco ollas incluyeron puntas de lanza y navajas de obsidiana, una o más hachitas de piedra pulida, unos molcajetes con soportes tipo sonaja, y quizás tres cascabeles más. No hallaron nada en la trinchera que hicieron para penetrar al centro del montículo alto.

Cuando estos participantes terminaron la excavación, enseñaron a María algunas de las piezas que encontraron en el sitio, y para cumplir con el trato original, le dieron como su parte del "tesoro" el único "mono" que habían encontrado, así como una de las puntas de lanza de obsidiana (que María sigue conservando en su rancho). Y este "mono" fue el cascabel de Mictlantecuhtli encontrado por Martín.

En 1998, dos de los excavadores presentes en la ocasión cuando María recibió el Mictlantecuhtli ya habían fallecido, y otro (Gerardo) vivía en Estados Unidos. El único testigo que todavía quedaba vivo y presente para entrevistarlos y corroborar los hechos era Martín.

Había que considerar sin embargo que la memoria de Martín fallaba a veces; por ejemplo revolviendo datos de dos excavaciones diferentes en La Majada del Espino. Parecía seguro que fue Martín quien regaló el cascabel de Mictlantecuhtli a María, porque él estaba presente cuando ella lo recibió, y éste era el "mono" que él había encontrado. Pero esto no coincide para nada con la versión original de Martín acerca del robo del "mono" de su casa mientras estaba en Guadalajara curando a su mujer.

Para tratar de dar el justo valor a los datos de los informantes y para establecer mejor las culturas arqueológicas que fueron responsables de los restos en el centro ceremonial, nosotros hicimos unas excavaciones de rescate: al pie norte del cimborro bajo, en los pozos de saqueo en la cima del cimborro más bajo, y al pie norte del cimborro más grande; más un pozo de prueba en la zona habitacional al poniente del centro ceremonial. Esto se hizo principalmente para

recuperar muestras de cerámica para fechar las construcciones ceremoniales, los enterramientos, y la habitación asociada con el centro ceremonial.

De esta forma fue posible establecer que La Majada del Espino fue habitada por primera vez en el Formativo medio (alrededor de 500 a.C.). En el Formativo tardío-Clásico temprano (300 a.C. a 300 d.C.) los habitantes construyeron el montículo bajo con tierra y piedras angulares, y alrededor del pie de éste introdujeron enterramientos en fosas excavadas en el tepetate. El montículo parece haber tenido un templo en la cima, tipo jacal con bajareque moldeado y pintado en rojo y blanco; esta estructura se quemó conservando así muchos restos del bajareque.

En el Posclásico temprano, gente de la cultura arqueológica Aztatlán estableció un asentamiento en el lugar y construyeron el cimborro alto para que les sirviera de centro ceremonial. Primero, limpiaron una lomita natural formada por el tepetate en el extremo sur de la plataforma natural, para entonces realizar un rito pre-construcción. Ese rito según parece incluyó quemar incienso en uno o más incensarios cilíndricos decorados con picos y después quebrarlos sobre el tepetate antes de agregar una capa de hasta 60 cm de grosor en la lomita natural. Esta capa estaba compuesta de tierra arcillosa morada (acaso excavada del "portezuelo" inmediatamente al poniente) y piedras angulares obtenidas de arroyos cercanos. Ese evento tuvo lugar alrededor de 1140 d.C., según una fecha de radiocarbono (calibrada al nivel de 95% seguridad entre 1035 a 1295 d.C. por Beta, núm. 62399) que obtuvimos sobre un incensario de este tipo de la fase Aztatlán excavado en el municipio de Puerto Vallarta.

Después de nuestra investigación del sitio, pienso que las ofrendas (incluyendo el cascabel de Mictlantecuhtli) que Martín encontró probablemente estaban enterradas en "cuevitas" excavadas en el pie poniente de la lomita natural que sirvió de base para este cimborro (el

más alto), en el lado adyacente a la plaza, cerca del lugar en donde hallamos la puerta redonda de tumba.

También es posible que gente de la cultura Aztatlán metió algunos difuntos con ofrendas alrededor de la base de cimborro bajo, pero nuestros datos indican que los entierros asociados con este montículo pertenecen a gente del Formativo tardío-Clásico temprano, unos 850 años antes de la cultura Aztatlán.

Cabe enfatizar que de todos los fragmentos de cerámica prehispánica recuperados durante las excavaciones de rescate, no había ninguno del Posclásico tardío. Además, es prácticamente seguro que la gente del Formativo tardío-Clásico temprano en el occidente de México no fabricó objetos de cobre. Así, según los datos disponibles, el cascabel de Mictlantecuhtli debe fechar al Posclásico alrededor de 1140 d.C., y debe pertenecer a la cultura arqueológica llamada Aztatlán en el occidente de México.

Análisis

Como ya se ha dicho al principio de este trabajo, los arqueólogos que trabajan en el occidente con frecuencia se enfrentan al problema de rescatar datos potencialmente importantes de hallazgos que procedieron del "saqueo" de sitios arqueológicos, en especial cuando se dio el apogeo de esta actividad hace más de 30 años. De este estudio, resulta evidente que cuando existe la posibilidad de localizar y entrevistar a más de una persona involucrada en uno de estos hechos, el investigador tiene que hacerlo para tratar de llegar lo más cerca posible a la verdad del asunto. De otra manera, puede ser que el arqueólogo se equivoque en sus conclusiones.

En mi intento por descubrir la procedencia del Mictlantecuhtli, encontré muchos problemas relativos a la memoria o tal vez la veracidad de informantes. Esto estuvo ligado en parte al hecho de que personas de edades avanzadas buscaran reconstruir datos de eventos que pasaron hace 35 o 39 años. Otro problema fue mi con-

cepto demasiado restringido de lo que incluía el término “mono” en la mente de los informantes, así como la insistencia mía, en referirme a la pieza como un “cascabel”, aunque los informantes no se habían dado cuenta de ello por la condición deteriorada de la pieza. Además, por mucho tiempo no se me ocurrió considerar la posibilidad de que los informantes estuvieran hablando de dos ocasiones separadas.

En lugar de esclarecer la verdad paso por paso durante el proceso de la investigación, me pareció que cada vez se estaba formando una mañana más grande y más compleja. Después de todo, me quedé reflexionando seriamente sobre los errores que hubiera cometido al concluir que poseía la historia verdadera de la procedencia del Mictlantecuhtli a partir de la primera entrevista, o al terminar cada una de las subsecuentes entrevistas. Aun ahora, no puedo estar seguro de que esta última versión carezca de errores.

Al final de esta investigación, es obvio para mí que al encontrar el cascabel de Mictlantecuhtli debí haber formulado un plan de investigación que incluyera todo lo que tuve que hacer para llegar hasta el presente punto de la historia del hallazgo. Pero, como suele suceder en arqueología, hallazgos de esta índole ocurren inesperadamente, y a menudo se dan en el transcurso de otro programa de investigación en el cual uno tiene mayor interés u obligación de finalizarlo, haciendo difícil, si no imposible, un cambio radical de las metas de trabajo ya definidas.

También quiero subrayar la importancia de hacer excavaciones de rescate en estos casos, aunque se hagan en los desechos de las obras de saqueo, porque el arqueólogo todavía puede recuperar información de primera mano importante para interpretar el sitio.

Creo que con las entrevistas y los trabajos de rescate en el sitio he resuelto gran parte del misterio de la procedencia, la fecha y filiación cultural del cascabel de Mictlantecuhtli. Sin embargo, hay otras inquietudes acerca de esta

pieza que quedan todavía sin resolver: ¿Cuál es la relación entre esta pieza aparentemente afiliada a la cultura Aztatlán del occidente, y el dios Mictlantecuhtli representado por los mexicas en el centro ceremonial del Templo Mayor en Tenochtitlan? Esto resulta interesante dado que la fecha de Mictlantecuhtli de La Majada del Espino es aproximadamente 300 años anterior que la fecha de los Mictlantecuhtli mexicas hallados en el Templo Mayor fechadas alrededor de 1460 d.C. (Leonardo López Luján, comunicación personal 1999).

Aunque el Mictlantecuhtli de los mexicas tiene raíces en representaciones de un dios de la muerte en el Preclásico (López Luján y Mercado, 1996:53), según López Luján (comunicación personal, 1999) todas las representaciones de Mictlantecuhtli en que aparece el hígado son del Posclásico. Por fechar al Posclásico temprano, el Mictlantecuhtli Aztatlán de La Majada del Espino así queda dentro del periodo prehispánico apropiado.

Además, desde hace muchos años se ha señalado semejanzas entre varios aspectos de la iconografía Aztatlán del occidente y la iconografía de ciertas culturas del Posclásico en el Altiplano central de México (Ekholm, 1942).



© Fig. 6 Cascabel de Mictlantecuhtli

Hay otra posible representación Aztatlán de Mictlantecuhtli (¿también mostrando el hígado?) pintada en el interior de una vasija encontrada en Guasave, Sinaloa (*ibidem*:49-51), fechada alrededor de 1120 d.C. \pm 130 años y “corregida” a 1225 d.C. (Long y Taylor, 1966). Así, el Mictlantecuhtli Aztatlán de La Majada del Espino también se encuentra en un contexto temporal-cultural apropiado para el occidente de México.

Queda como otra inquietud por qué un cascabel-silbato fabricado por el proceso tan complicado de la “cera perdida” (que probablemente quedaba fuera de la capacidad de la gente rural del occidente de fabricarlo y por eso tuvo que haber sido importado de algún centro metalúrgico importante), y que parece haber representado un dios mesoamericano de la muerte tan importante como lo fue Mictlantecuhtli, fue depositado como ofrenda en una tumba sencilla en un centro ceremonial chico y en un lugar aislado de la sierra occidental de Jalisco.

A pesar de todas las preguntas, este hallazgo fortalece la observación general de la gran extensión ocupada por gente de la cultura arqueológica Aztatlán y de su penetración a muchos lugares remotos en el occidente de México (Mountjoy, 1990).

b i b l i o g r a f í a

- Ekholm, Gordon
1942. *Excavations at Guasave, Sinaloa, Mexico*, Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, núm. 38, parte 2, Nueva York.
- Long, Stanley V. y R. E. Taylor
1966. “Suggested Revision for West Mexican Archeological Sequences”, en *Science*, vol. 154, pp. 1456-1459.
- López Luján, Leonardo y Vida Mercado
1996. “Dos esculturas de Mictlantecuhtli encontradas en el Recinto Sagrado de México-Tenochtitlan”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 26, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, pp. 41-68.
- 1997. “Las esculturas de Mictlantecuhtli de la Casa de las Águilas”, en Eduardo Matos Moctezuma (ed.), *Camino a Mictlan...*, México, Museo del Templo Mayor, pp. 8-37.
- Mountjoy, Joseph B.
1990. “El desarrollo de la cultura Aztatlán en el Occidente de México visto desde su frontera sur-oeste”, en Federica Sodi Miranda (coord.), *Mesoamérica y Norte de México: siglo IX-XII*, México, Museo Nacional de Antropología-INAH, pp. 541-564.
- Taube, Karl A.
1995. “The Rainmakers: The Olmec and their Contribution to Mesoamerican Belief and Ritual”, en *The Olmec World: Ritual and Rulership*, Princeton, Nueva Jersey, The Art Museum, pp. 83-103.